

CARLOS M. LUIS

Especial/El Nuevo Herald

¿Cómo comenzar a escribir sobre un pintor que nos plantea con su obra temas filosóficos? ¿Quiero decir con esto que la obra de Carlos Estévez (La Habana, 1969) es más filosófica que pictórica? No. Y no lo es, porque los dos puntos de referencia que me vinieron a la mente cuando vi su obra tenían que ver con la poesía y la pintura. Me refiero a la obra del romántico alemán Heinrich Von Kleist y al pintor y grabador surrealista, también de origen alemán, Hans Bellmer. Ninguno de los dos sin embargo, eran conocidos por este joven artista cubano.

En última instancia, poco importa, pues como le expresé, lo que cuenta son esas afinidades que más allá de un contacto inmediato, se forman movidas por los hilos de la cultura a través del tiempo y del espacio. Y es de esa manera como comienzo a acercarme a su teatro de marionetas, basándome en primer lugar en la visión que tuvo el poeta Kleist sobre las mismas, y en segundo lugar, en la interpretación que siglo y medio más tarde hiciera Bellmer.

En su corto tratado sobre las marionetas escrito en 1810, Kleist trasciende, como buen romántico, los datos accidentales del asunto para crear en torno a la presencia de esos muñecos movidos por manos invisibles, toda una poética con visos metafísicos. Cuando nos habla de los trazos que deja el movimiento que las marionetas realizan en el escenario, el poeta alude al camino que emprende el alma del titiritero al transportarse al centro de gravedad de la marioneta. Ese centro es

el que le brinda a su vez un peso específico a la representación teatral, la cual debe seguir las reglas de la simetría, la flexibilidad y la ligereza.

La acción de las marionetas está determinada, además, por las fuerzas naturales que le brindan una espontaneidad dados los movimientos involuntarios a que son sometidas.

Por su parte, Bellmer, uno de los mejores dibujantes de la corriente surrealista, realizó una serie de grabados en torno al mismo tema inspirándose en la obra de Kleist con un resultado asombroso de exactitud y, simultáneamente, de frenesí poético.

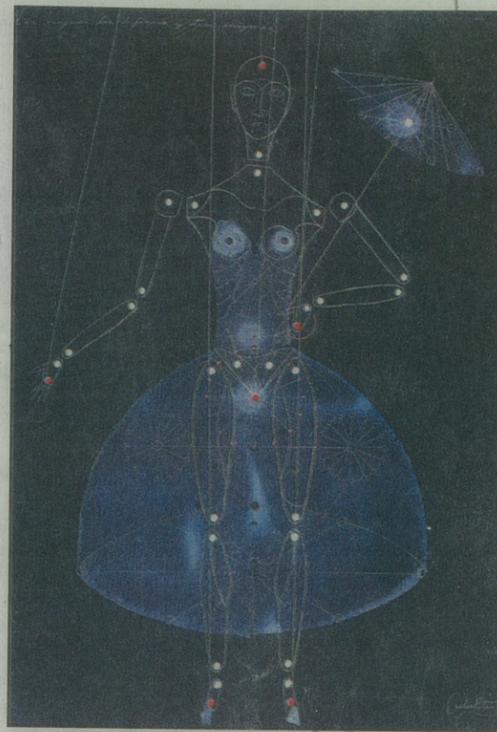
El desmontaje que hizo Bellmer de esas marionetas lo llevó a crear un espectáculo, que, como todos los suyos, estaban cargados de erotismo y violencia, pero sin dejar de mantener las tres condiciones que Kleist viera como imprescindibles para que las marionetas pudieran representar su acto.

Pasemos ahora a Estévez. De entrada, el mundo que mueve la imaginación de este artista es tan variado como fascinante. Desde los bestiarios medievales, hasta las ilustraciones de tratados esotéricos (sobre todo, de alquimia) o tántricos, pasando por las *drogeries* que ilustran los márgenes de los evangelarios, salterios o libros de horas, la obra de Estévez se ha nutrido de una rica tradición de ilustradores. En su exposición *Bestiarium*, realizada en 1999 en la galería Couturier de Los Angeles, aparecieron una serie de obras pintadas con acuarelas, pasteles y lápiz, donde los signos de toda una tradición esotérica se superponían a los que surgían de su imaginación. De esa forma, su *Bestiario*, sin de-

jar de ofrecer una presencia donde podemos identificarnos con ese mundo cargado de misterio que la Edad Media nos abrió, también mostraba la huella del artista contemporáneo que se solazaba con recrear antiguas imágenes con rasgos nuevos.

Posteriormente, en *The Theatre of Life*, inaugurada en la misma galería en el 2001, el

pintor se adentró a representar eso que ya desde la antigüedad clásica se ha llamado, por numerosos tratadistas, "el teatro del mundo". Es aquí donde Estévez despliega su filosofía, la que intenta expresar, a través de calculados dibujos, sus más íntimas preocupaciones espirituales. Y es aquí donde su obra se enlaza con las especulaciones de Kleist y el tratamiento a



'MUJER', dibujo de Carlos Estévez.

## El teatro metafísico de CARLOS ESTEVEZ

que fueron sometidas por Bellmer. Todo lo que Kleist viera como componente esencial para la escenificación de las marionetas está presente en las obras de Estévez: desde el centro de gravedad que concentra la energía necesaria para el movimiento de las marionetas hasta esa flexibilidad, simetría y ligereza con las cuales se desplazan por el espacio. Pero además se encuentra presente esa mirada de Bellmer hacia los muñecos, mirada que siempre deja entrever sus inclinaciones eróticas las cuales no están ausentes del todo en Estévez.

En definitiva, ¿qué nos está proponiendo este artista con su obra? A la manera de las ilustraciones de los tratados de alquimia, ¿querrá brindarnos un lenguaje cifrado? Lo que parece concentrar su atención es, y ya aquí entramos en un terreno filosófico, el destino de la persona. El teatro, según el mismo pintor ha expresado, "es el mundo donde vivimos, los espacios donde representamos nuestra existencia", pero a diferencia de un teatro representado por actores, el de Estévez lo está por marionetas manejadas detrás del telón por manos desconocidas. Esto le brinda a su obra una dimensión distinta, que entre otras cosas, pone al azar en juego. Esas manos que no vemos pueden ser la metáfora de nuestra condición, algo kafkiana en última instancia. Pero es que también el pintor se ha lanzado a otro tipo de exploración donde el azar utiliza una metáfora mayor: el océano como vehículo de un encuentro fortuito.

Como homenaje a los 100 años del Malecón habanero, Estévez realizó 100 magníficos

dibujos en un papel sedoso similar a lo de los rollos chinos/japoneses, cada uno de éstos con un mensaje escrito. Con un gesto que lo acerca más al arte conceptual, el pintor cubano ha ido lanzando al mar estos manuscritos metidos en botellas a medida que va visitando distintas ciudades colindantes al mar, comenzando por La Habana.

Con ello deja que las aguas sean las que muevan, como las manos ocultas de un inmenso titiritero, las botellas que así van, conducidas por las corrientes marinas, a parar a distintas latitudes. El destino de esas botellas podrá ser incierto, como siempre lo es el nuestro, pero también dentro de esa incertidumbre cabe la sorpresa de un encuentro, como ocurre también con nuestra existencia.

La obra de Estévez se desplaza dentro de una dimensión que si bien escoge lo visual para expresarse (y eso lo logra con una meticulosidad sorprendente) trasciende esos límites para recrear en sus espectáculos un sondeo de la condición humana. Podrá el espectador hacerse esas preguntas u otras que le provoquen la obra de este pintor, pero lo que sin duda no podrá hacer es apartar su mirada de todo un montaje, donde están representados en una forma magistral esos alados personajes que llamamos marionetas, pero que en el fondo constituyen un espejo de nosotros mismos.

*'Teatro metafísico', de Carlos Estévez, será inaugurada el viernes 1 de diciembre y continuará abierta hasta el 27 de diciembre en la galería Diana Lowenstein, 3080 SW 38 Ct. 305 774 5969 o dlfa@lionstone.net*